

Carlos Battaglini

ME VOY DE AQUÍ

DIEZ RELATOS SOBRE GENTE
QUE QUIERE CAMBIAR DE VIDA



Editorial Nazarí

¿CUÁNTAS VECES HAS subido la misma escalera en tu vida?

Con un pie en alto, Mónica mira los escalones de madera que se elevan hasta el primer piso. Es una escalera de madera color canela que cruje igual que una certeza cada vez que una uña se posa sobre los peldaños. Siempre ha estado ahí, como el cordón umbilical de la casa, la única con jardín de orquídeas de todo Becinares.

La pregunta le patea el espíritu cuando, como ahora, tiene que acercarse al aeropuerto comarcal. No es una sensación nueva. Desde hace tiempo analiza aquella portada del *Diario* en la que Eloísa, risueña, paletuda, saluda con una mano y pregunta desde la puerta de un avión enorme: «¿Cuántas veces has subido la misma escalera en tu vida?».

«Es ella; esa es Eloísa, la coneja», se dice antes de bajar el pie alzado y juntarlo con el que ya tenía sobre la alfombra. Se da la vuelta. No va a subir la misma escalera. Hoy no.

Es domingo, se ha levantado temprano para recoger a José Luis, que regresa de una reunión de odontólogos en Jémez del Río. Lorenzo y Dolores duermen

en la planta de arriba, hijos obedientes que anoche completaron el puzle de la casa con jardín, el puzle de siempre.

Prepara un café en la cocina, se pone la blusa blanca del día anterior, se hace una coleta y, en el garaje, arranca el Toyota Yaris metalizado al segundo intento. Bajo un sol que escupe charcos de luz, avanza por la avenida de cipreses recortados, enciende la radio y da con varios anuncios de bancos y seguros; apenas les presta atención, pues cavila en torno a *la pregunta*. ¿Para qué negarlo? Cada vez piensa más en ello. Y eso que el asunto eclosionó hace dos o tres años, aunque, posiblemente, los síntomas iniciales brotaron bastante antes, quizá desde que oyó la decisión rara en boca de Eloísa por primera vez. Quizá.

Pero, se ponga como se ponga, Eloísa, la coneja, hoy en día es portada, es televisiva, es radiofónica, se habla de ella en París, en Kosrae. «¿Quién lo iba a decir de esa acomplejada?», piensa mientras responde con un gesto de cabeza al «feliz día, hermosa» de dientes picados de Antonio, dueño del Bar Paraíso, el de marquesinas verdes, el de olores a anchoa.

Conoce tan bien a Eloísa... Sin contar *mamá, mamá* y *papá, papá*, puede que haya sido el ser al que dedicó sus primeras palabras en la tierra. Viven tan cerca que cada una huele lo que comía la otra a diario: insistencia en la merluza rebozada en casa de su amiga, debilidad por los espaguetis boloñesa en la suya. Sus madres respectivas las plantaron en el colegio un lunes con idén-

tico lazo azul en el pelo. Ella morena, alta; Eloísa, bajita, las paletas. Allí dentro, comparten pupitre, recreos, me gusta Hugo, me gusta Víctor. Van juntas a todos lados, una incongruencia que camina.

Recuerda aquello al tiempo que avanza hacia el aeropuerto por una autovía rodeada de contenedores rojos con el epígrafe *Boluda* grabado en ellos, «todos iguales», piensa.

«¿Cuántas veces has subido la misma escalera en tu vida?». La pregunta taladra su sien, despliega la página diecisiete del *Diario*: la entrevista a Eloísa gozó de dos hojas a todo color. «Hay que salir de Becinares para comprender el mundo», rezaba uno de los titulares.

«Coneja, ni siquiera sabías mantener un pie en el aire», se dice Mónica al avistar a lo lejos la torre de control. «Fui yo quien te lo enseñó todo», rezonga evocando su juventud, su cuerpo atlético apuntalado por unos pechos firmes, cabello olor a almendra.

La reincidencia en el pino puente hace que su hermana Cristina la inicie en el *ballet* muy temprano, rememora Mónica. Sus largas piernas magnifican el *arabesque* y la convierten en la estrella del equipo, objetivo y utopía onanista de todos los muchachos y viejos de Becinares. Alertada por su progenitor, se aplica en el colegio. Aunque tiene dificultades con los logaritmos de segundo grado, se las arregla para presentar un expediente perfumado de dieces. Cree que estudiará biología; sin embargo, para lo que realmente viven sus cuatro sentidos es para el *ballet*: «Podrían ser miles los

ojos que me viesen bailar algún día», piensa a menudo por aquella época.

Sabe Mónica que por su parte, el sino de Eloísa da volantazos sin cesar. Desde pequeña arrastra unas prominentes paletas que la obligan a hablar poco y, cuando se atreve, sus palabras tropiezan en un tartamudeo traicionero; las compañeras de clase la rodean en círculo y le gritan «¡coneja, coneja!». En el aula, cierra los ojos marrones, no atiende a doña Teresita, se pierde en ensoñaciones que la catapultan a islas ignotas donde se mece desnuda en mares de jade, según le revela la propia Eloísa. Además, muestra interés en la espeleología o la locución *en fin*. Eloísa está siempre en otro lado, pura quimera lo de aprobar en junio.

Con todo, el vínculo casi biológico que desarrolla con Mónica le hace sentir algo así como una mano calurosa en el ombligo. Mónica es quien le ciñe su primera malla de *ballet*: «Date la vuelta, te queda genial», vocablos redentores. Nunca podrá agarrarse el pie allí arriba como Mónica, pero el *ballet* le permite levantar los ojos a la hora de hablar: descubre su risa, se une al grupo de amigas de Mónica, que le dice el día de su cumpleaños a las 00:01: «Te quiero, dientitos». Ella corresponde en el aniversario de su amiga: «Te amo, fresca luz».

Pero el deseo de separar las pestañas por la mañana en cualquier sitio que no sea Becinares persiste, le cuenta Eloísa. A las desazones innatas contribuye una turbada vida sentimental. A diferencia de Paula,

Fany, Amaia, todas, Eloísa ignora el roce del varón; su labio conoce de sobra el néctar ácido del marginado. Charlan con ella, en efecto, intercambia sonrisas con alguno que otro, de acuerdo, pero la mayoría de ellos la calibran como el viaducto idóneo para acceder a Mónica.

Eloísa asegura que vuelve sola a casa los fines de semana, aplastando las cucarachas desperdigadas por las aceras. En clase sigue interesada en palabras como *adminículo* y da la vuelta al mundo vía cerebral, aficiones que la encadenan al pupitre los veranos. Mónica la sorprende camuflada tras el libro de inglés, viendo por la ventana de su cuarto cómo ella entreteje su lengua con la de su nuevo novio, José Luis, certero colocador del equipo de voleibol con el que no tarda en conversar sobre bodas y niños. «Mis hijos no tendrán una madre con arrugas», proclama Mónica.

A pesar de las dispares escenas que la vida les depara, siguen acompañándose a todos lados, piensa Mónica a 73 kilómetros por hora, con el aeropuerto ya muy cerca. Juntas son el desequilibrio. Sí, el desequilibrio entrena, el desequilibrio cuchichea en el bar de Antonio hasta las tantas, el desequilibrio continúa felicitándose los cumpleaños a las 00:01: «Te quiero, dientitos»; «te amo, fresca luz». Tan rocosa es su amistad que José Luis se rinde ante la fuerza de la naturaleza: Eloísa es la hermanita.

Concluido el instituto, Eloísa se cruza de brazos en mitad de la cocina. ¿Relaciones Internacionales en

Ámsterdam? Sus padres se llevan las manos a la cabeza; «decisión rara», le dice Mónica con ceja circunfleja después de días de mutismo. Nadie de Becinares ha estudiado en otra universidad que no sea la de Jémez del Río; Ámsterdam y Relaciones Internacionales suenan a expresionismo abstracto.

—Voy a salir de este pueblo como sea —sentencia Eloísa.

La escandalosa noticia coincide con el embarazo de Mónica. Se llamará Lorenzo, igual que el abuelo capitán general. Lo seguro ahora es aceptar la oferta de administrativa en el concesionario Volkswagen de Becinares (el de las cristalerías) que un primo de José Luis le propone. Quizá retome los estudios y el *ballet* en unos años, pero ahora hay criaturitas, reflexiona mirando al subsuelo.

Termina el verano, las dos amigas se despiden en el aeropuerto con un abrazo que dura un segundo y veintitrés centésimas.

—Algunas somos madre —dice Mónica antes de esfumarse.

Le dirán un día que Eloísa no solo sobrevuela los cielos envuelta en pulsaciones desconocidas, sino que su vida se colorea al pisar Ámsterdam: allí arroja la malla al Herengracht, se tatúa las muñecas con la leyenda «al fin», frecuenta sábanas de tipos greñudos que de rodillas le recitan a Platón, todo huele a maría.

No lo dice, claro, pero Mónica, en devoto silencio, presupone las pésimas notas de Eloísa: la chica frac-

sará adecuadamente. Su vuelta a Becinares es, pues, cuestión de meses. Aún hay algún hueco en Volkswagen para sellar registros. Un trabajo es un trabajo.

Solo con el tiempo sabrá que en Ámsterdam Eloísa resucita al primer día, experimenta, aprende; en su renovada agenda, los libros ocupan un escalafón de privilegio, como el tratado de Robert Jervis *Perception and Misperception in International Politics*, que empolla hasta la madrugada. Jura con sangre que no suspenderá un dichoso examen más en la vida. En junio la hereje se presenta con un papel lleno de números y un dedo en alto. Todo aprobado.

El padre de Eloísa se lo dice al de Mónica: abraza tan fuerte a su hija que las costillas rechinan sinfonías pioneras. La madre le llora la catarata de Iguazú. Eloísa camina por Becinares con el mentón erguido; su voz suena como la de una presentadora radiofónica. Paula, Fany y Amaia le organizan una fiesta con serpentinas; acuden más amigas, todas excepto una que trabaja en el concesionario Volkswagen.

Mónica continúa dolorosamente al corriente: Eloísa vuelve a aprobarlo todo el curso siguiente, se licencia en cuatro años. Habla inglés, francés, holandés y quiere más. Viaja por el mundo asesorando a gobiernos y corporaciones, combina becas en países africanos y asiáticos, Namibia, Vietnam. Se asienta en París, la contrata una consultora internacional, la destinan a Brasil, Corea del Sur, retorna a la capital de Francia para morar en un apartamento en Saint-Germain-

des-Prés con su novio argentino, Fran, que se ha enamorado perdidamente de sus dientes.

Mientras tanto, Mónica pare a Dolores, paga una hipoteca de un euríbor de 0,99 %, ya es jefa del departamento administrativo de Volkswagen, tres becarios a su cargo, su marido se consolida como dentista reputado. Suele tomar café con las amigas en el bar de Antonio, recuerda la escurridiza época del *ballet* con una grieta en la frente, cría a los hijos, empieza a estudiar Biología a distancia, aunque lo encuentra muy duro.

—Antonio, ¿cuántas veces has subido la misma escalera en tu vida? —preguntará una noche.

Entonces el contacto con Eloísa entra en una fase que a Mónica le hace pensar en pingüinos, en la Antártida. Después de leer aquella portada del *Diario* se han acabado las felicitaciones cumpleaños. Mundo polar.

Mónica entra en el aeropuerto, bordea la torre de control, aparca. Afuera, el aire abanica la mañana y abrillanta los blancos de un Airbus que ocupa casi toda la pista de aterrizaje.

Anda a paso ligero, empuja la puerta giratoria de la única terminal del aeropuerto, le echa un rápido vistazo a los paneles electrónicos que anuncian el horario de salidas. Se forman colas de personas que aguardan a tomar un avión que los llevará a lugares *recónditos*. Detrás de los ventanales observa mejor el Airbus. Se frena en seco. Aquel avión no tiene nada que ver con la avioneta de la que ahora se apea su marido en un rincón aislado de la pista. Aquel avión es inmenso, con capa-

cidad para centenares de almas, dispuesto a surcar los cielos y aterrizar en tierras desconocidas donde la vida es distinta cada día. Distinta cada día.

Respira hondo.

Ve a su esposo aproximándose por el fondo del pasillo. Ahí camina el hombre con el que lleva más de veinte años de certidumbres. Se fija, caderas anchas, no es tan alto, podría ser el hermano de cualquiera de esos monótonos pasajeros que desfilan rutinariamente.

José Luis sonrío, besa a su mujer en las mejillas.

—Qué gusto volver a casita, espero que no se les vuelva a ocurrir montar una reunión un domingo a estos listillos —dice en el coche.

—Ya —masculla Mónica.

El marido aprieta ligeramente los labios, inicia un resumen del congreso. El Airbus despegue con un estampido que hace temblar la tierra, listo para conquistar el firmamento. Quizá Eloísa, la coneja, va ahí dentro con su novio argentino, llevándose a la boca esas langostas que dicen que sirven en primera clase, gozosa por saberse aventurera, creadora de algo, ¡algo!

Salen del aeropuerto, ganan la autovía. Mónica mira a su marido por el rabillo del ojo. Tiene muslos de paquidermo.

Cambia a cuarta en medio de contenedores Boluda, «todos iguales». José Luis monologa y monologa. Dejan atrás la autovía, al cabo de un rato cruzan un paso de peatones, entran en Becinares, José Luis saluda a Antonio ondeando una mano.

—¿Cuántas veces has saludado a Antonio en tu vida? —pregunta Mónica mientras avanzan por la avenida de cipreses recortados.

José Luis balancea una pierna.

—¿Qué?

—Antonio abrió el bar hace veintiún años, nosotros pasamos en coche por aquí unas cuatro veces a la semana —dice Mónica tecleando en la calculadora del móvil—. Eso suma más de cuatro mil saludos —concluye con voz sumarásima.

José Luis vira completamente la cabeza hacia ella.

—¿Qué te pasa, Mónica?

—¿Que qué me pasa? ¿Qué me dices de la escalera? —estrecha aún más los ojos.

—¿A qué escalera te refieres, por Dios? —grita José Luis con los ojos muy abiertos.

—Deben de ser unas treinta mil —continúa Mónica con risa extraña. Presiona los botones del móvil—. Si las subimos unas cuatro veces al día y multiplicamos por los veinte años que llevamos viviendo allí, hemos subido las escaleras alrededor de treinta mil veces.

José Luis abre la boca. No habla.

Vuelven a casa, juguetes desparramados por el jardín de orquídeas. Por la puerta de la entrada Dolores corre hacia los brazos extendidos de su padre y lo cubre de besos.

—Queremos que veas el nuevo puzle, un puzle del mundo —le dice su hija impaciente.

Aparece Lorenzo e imita a su hermana. Mónica se acerca a ellos lentamente, acaricia la nuca de sus hijos, que permanecen abrazados al padre; este mira a Mónica de soslayo. José Luis coge a los niños de la mano y se adentra en la casa. Mónica camina tras ellos con pupilas remotas.

Haciéndola crujir y crujir, los niños suben corriendo la escalera de madera color canela y, desde arriba, llaman al padre, que los sigue.

—Veamos ese puzle nuevo —dice él.

—¡Mamá, ven a ver el puzle del mundo! —gritan los niños al cabo.

Ella mira arriba y se pregunta si también ellos pasarán la vida transitando sobre la misma escalera.

—Mónica —dice José Luis.

Mónica da dos pasos hacia la escalera, alza un pie, escruta los escalones color canela elevándose hasta el primer piso.

—¡Mamá!

—Mónica.

—Treinta mil una —murmura Mónica.

Cree que va a llorar. Baja el pie y lo junta al que ya tenía sobre la alfombra. Se marcha a toda prisa, camina como un autómatas entre los cipreses recortados. Respira aceleradamente, se para al poco, mira al cielo en busca del avión, pero ya ha desaparecido. Observa las nubes, eleva la punta de un pie y gira sobre sí misma, dando vueltas y vueltas.

—El mundo también gira aquí —dice alguien.

Al volverse se encuentra con Lorenzo mirándole el fondo de los ojos. Detrás de él, Dolores permanece agarrada al brazo de su padre, que abre las manos. Con los ojos anegados en lágrimas, Mónica abraza a Lorenzo.

—Vamos a ver ese puzle nuevo, tesoro —le dice acariciándole el pelo y uniéndose al resto de su familia. Regresan a la casa cogidos de la mano.